

Participación y búsqueda del desarrollo humano

Martha Cecilia Palacios N.*

Resumen- La autora se pregunta si existe claridad de la importancia de la participación para alcanzar exitosamente los objetivos que pueden proponerse una institución, programa o proyecto, o más aún, para avanzar en el logro de un desarrollo “humano sostenible”. También se pregunta: ¿Por qué no hay satisfacción en la forma en que la gente participa? Qué es lo que falta para que esa participación sea efectiva? En este artículo expone algunas ideas que intentan dar respuestas a los interrogantes anteriores, siendo su interés principal que puedan ser útiles para la reflexión de profesionales que gerencian y/o brindan servicios diversos dirigidos a sectores poblacionales afectados por múltiples carencias.

Introducción

Desde mis tiempos de estudiante de la carrera de Trabajo Social, hace más de veinte años durante el auge de la reconceptualización, cuando se consideraba que el Trabajo Social tenía una función de concientización y organización del pueblo para que participara en la vida económica y política del país (Martínez, 1990:44), y por tanto la participación era un elemento esencial, he sido una convencida de la importancia de la misma. Más aún cuando organismos como Naciones Unidas en la primera mitad de la década de los años noventa, manifiestan que la participación debe constituir una estrategia global del desarrollo, centrándose en el papel fundamental que debe desempeñar la gente en todas las esferas de la vida (PNUD, 1994: 25). Esto dio lugar

a que la mayoría de las organizaciones no gubernamentales e inclusive muchos entes estatales incorporaran la participación como una política institucional.

No obstante, recientemente en una actividad académica en la que participaban médicos/as, pedagogas, sicólogas, trabajadoras sociales, economistas y otros profesionales, quienes en su mayoría ocupan cargos gerenciales en ministerios, unidades de salud, organismos privados, municipalidades, etc., al abordarse el tema de la participación, surgieron algunos planteamientos que cuestionaban la pertinencia y validez de la participación de la gente en los programas o proyectos que ellas y ellos dirigen o ejecutan.

Esto provocó en mí una serie de inquietudes alrededor de si existe claridad de la importancia de la participación para

* Master en Trabajo Social Docente de Practicas Preprofesionales en la Carrera de Trabajo Social de la Universidad Centroamericana.

alcanzar exitosamente los objetivos que pueden proponerse una institución, programa o proyecto, o más aún, para avanzar en el logro de un desarrollo “humano sostenible”. También me pregunto ¿Por qué no hay satisfacción en la forma en que la gente participa? Qué es lo que falta para que esa participación sea efectiva?

Desde mi experiencia, tanto como trabajadora social que ha tenido la oportunidad de ejercer la profesión y como docente responsable de facilitar procesos de práctica con estudiantes de la carrera en distintas instituciones gubernamentales y ONGs, pretendo en este artículo exponer algunas ideas que intentan dar respuestas a los interrogantes anteriores, siendo mi interés principal que puedan ser útiles para la reflexión de profesionales que gerencian y/o brindan servicios diversos dirigidos a sectores poblacionales afectados por múltiples carencias.

Vínculo entre participación y desarrollo a nivel teórico

La evolución histórica del concepto de desarrollo ha sido ampliamente estudiada, existiendo en la actualidad una extensa y rica bibliografía al respecto. A pesar de todos los sinsabores y cuestionamientos que puedan existir alrededor del significado y consecuencias de esta categoría, en la realidad sigue siendo un elemento presente en la búsqueda de respuestas a los acuciantes problemas sociales y económicos de países como el nuestro. De modo que la idea del desarrollo prevalece, tratándose en

los últimos tiempos de superar la concepción hasta hoy hegemónica, como es la economicista, por otra que pone a los seres humanos en el centro del mismo, considerándose que en última instancia el desarrollo es el despliegue de las potencialidades humanas.

Aunque podemos estar de acuerdo con esa conceptualización, sin duda lo más importante es llevarlo a la práctica, entonces la gran pregunta es ¿cómo lograr que eso se concrete?. Como bien señalan Serrano y Truputec, “En primer lugar no hay ni una sola persona en el mundo que pueda desplegar todas las potencialidades dada su extensión. La noción es entonces, genérica y utópica. Lo que se puede esperar e intentar lograr es que todas las personas en el mundo tengan oportunidades de desplegar libremente sus potencialidades y que la humanidad entera logre desplegar la riqueza y la multitud de sus potencialidades. En segundo lugar, no todas las potencialidades desplegadas conducen a algo positivo” (1997.49).

Del anterior planteamiento se deriva que: 1) hay muchas más dificultades para lograr el desarrollo humano en sociedades donde existe exclusión y desigualdades que eliminan las oportunidades de las personas; 2) lo que interesa potenciar a nivel individual y colectivo son los elementos positivos, éticos, válidos para alcanzar el bien común y 3) aún cuando se reconocen que las potencialidades son individuales éstas también se expresan grupalmente, pudiendo abarcar toda la sociedad.

Por otro lado, además de la dimensión humana del desarrollo, en la actualidad se pone énfasis en la “sostenibilidad”, concepto que rápidamente se puso de moda especialmente a partir de las Cumbres y Conferencias internacionales (Río de Janeiro, 1992, por ejemplo), que alertaron al mundo sobre la profundidad del daño que las acciones humanas han ocasionado al medio ambiente. De ahí, que se generalizara en las ONGs e instituciones que ejecutan proyectos el concepto de sostenibilidad para referirse al aprovechamiento de los recursos naturales en el presente, sin detrimento de las posibilidades de su uso por parte de las generaciones futuras.

Sin embargo, desde los mismos organismos internacionales de cooperación que financian muchos de los proyectos que se ejecutan en países como el nuestro, se encargaron de poner en evidencia que la sostenibilidad va más allá de lo medio ambiental, señalando que debe tratar de superarse la dependencia económica, por lo cual programas y proyectos tendrán que dirigir esfuerzos para el logro de la autosostenibilidad, facilitando el acceso a los recursos y mercados, extendiéndose el concepto hacia lo económico-financiero. Igualmente se empezó a hablar de la sostenibilidad desde el punto de vista social, cultural, político y tecnológico, para llegar a una visión integral del mismo.

Esto supone que la tecnología a utilizarse y transferirse en los procesos de intervención debe ser apropiada a las condiciones locales y ser accesible y comprensible para las personas. La sostenibilidad

social y cultural se refiere a que la labor de las y los profesionales y técnicos no buscará alterar la identidad de las personas y colectivos, ni cambiar organizaciones ni instituciones locales desde sus propias visiones, sino respetar los procesos propios de la gente. En cuanto a la sostenibilidad desde el punto de vista político, ésta implica la participación de la gente como un medio para avanzar en la construcción de una sociedad democrática.

Como puede observarse, cuando se habla de potenciar a los individuos y colectivos para la búsqueda del bienestar común, así como de la sostenibilidad política, se hace alusión indirecta y directa al involucramiento de las personas, grupos y comunidades en los procesos de intervención, todo lo cual tiene diversas implicaciones. Así mismo, todo esto nos aproxima al concepto de desarrollo humano sostenible de Serrano y Truputec que dice: Es un proceso social consciente, libre y participativo de transformación de relaciones de las personas entre sí, y de ellas con la naturaleza, que trata de conseguir para todos el acceso legítimo y efectivo a los bienes materiales, sociales, culturales y ambientales; y que garantiza por su forma, su contenido y sentido, la viabilidad para esta generación y para las generaciones futuras (ibid).

Indudablemente que tratar de alcanzar un desarrollo humano sostenible, es una tarea a largo plazo y desde una efectiva interdisciplinariedad, por cuanto significa no sólo construir una sociedad que garantice la satisfacción de necesidades materiales, sino también elevar la calidad

de vida de las personas, lo que pasa por lograr una auténtica participación de ellas.

Esto representa un desafío permanente para quienes pretendemos aportar a dicho proceso de desarrollo desde nuestras labores cotidianas, pues aún cuando tengamos un manejo teórico del concepto de desarrollo, llevarlo a la práctica es muy difícil y complejo por la diversidad de variables que convergen en el proceso en general y en lo participativo en particular.

La participación en la ejecución de programas y proyectos

En Nicaragua existen claros ejemplos de la importancia y efectividad de la participación de la población en programas y proyectos sociales, pues únicamente con la suma de los esfuerzos de gran cantidad de personas, en los años ochenta pudo reducirse significativamente el porcentaje de analfabetismo, la mortalidad infantil por enfermedades inmunoprevenibles, controlar epidemias, mejorar las condiciones higiénicas sanitarias de muchas poblaciones y prevenir situaciones de violencia contra niños y niñas y mujeres. Estos logros obtuvieron reconocimientos internacionales de parte de organismos como UNESCO, OMS y OPS y en algunos casos sus efectos perduran.

Con la implementación en Nicaragua, desde hace una década, de los Programas de Ajuste Estructural, que incluyen el llamado proceso de Reforma del Estado, muchos de los servicios sociales otor-

gados antes por instituciones estatales han sido asumidos paulatinamente por organismos privados. Además se ha trasladado a las familias y las comunidades otras responsabilidades, en especial la protección a niños, niñas y adolescentes, así como la atención a la salud respectivamente, lo cual es presentado por algunas instituciones gubernamentales como ejemplos de descentralización y participación.

Otra expresión en esa línea es la llamada "autonomía escolar", por cuanto implica la creación y funcionamiento de una organización de madres y padres y otra de estudiantes, que comparten con maestras/os la dirección de las escuelas que decidan asumir dicho modelo. Sin embargo, la autonomía ha resultado muy limitada por cuanto no es posible incidir sobre cuestiones sustantivas como contenidos programáticos y metodologías, mientras el Ministerio de Educación redujo drásticamente las asignaciones presupuestarias a dichos centros, pasando a ser objetivo obligado y central de las organizaciones en el sector educativo la obtención de ingresos para mantener funcionando las escuelas e institutos.

De igual manera, hay ONGs que impulsan proyectos de distintos tipos que incorporan la participación de la población beneficiaria a sus acciones. Las formas como esto se hace es muy diversa, con mucha frecuencia se integra a la gente en la ejecución de determinadas tareas (construcción de viviendas, pozos, letrinas, escuelas, etc.), manejar algunos recursos (pozos comunales, medicamento básico, etc.), tomar decisiones en rela-

ción a quién puede ser objeto de algún beneficio, inclusive a participar en la elaboración de micro-proyectos o su evaluación.

Lo anterior es una expresión de los diferentes modos de entender el concepto de participación, que podría haber en los organismos y entre sus funcionarios/as, porque hay quienes consideran que basta con que la gente tome parte de las realización de acciones, o participe en cualquier momento del proceso de intervención; otros valoran que las personas estén presentes en momentos en que se informa o consulta sobre cualquier asunto y podemos encontrar algunos que involucran a los beneficiarios en la toma de decisiones.

Conociendo la importancia que a nivel teórico se le concede a la participación y que generalmente se hacen esfuerzos para llevarla a la práctica, resulta hasta cierto punto contradictorio, encontrar a profesionales del área social señalando que la participación es un elemento demagógico, impuesto muchas veces por organismos que financian, que el número de personas que realmente participa es muy pequeño y que las que lo hacen se han tornado casi profesionales de la participación, porque están presentes en varios organismos. Otros señalamientos que amplían y refuerzan los antes anotados, apuntan a que en la participación ha existido mucha manipulación política y que muy frecuentemente la gente no sabe ni lo que quiere o necesita, que llega hasta ser necia en sus intenciones de participar e incidir, ocasionando muchos atrasos al quehacer institucional.

Tratar de explicar esas visiones y actitudes de algunos profesionales, ante la participación de las personas en procesos que tienen que ver con sus vidas, me sugiere dos situaciones:

Por una parte una posición ideológica, que ubica a profesionales y técnicos y más aún, a las instituciones donde laboran (ONGs y el Estado), como entes superiores que poseen el conocimiento, que saben lo que realmente conviene a la sociedad y a los sectores populares, que por lo general son quienes aparecen como beneficiarios de programas y proyectos. Además consideran que éstos últimos no constituyen actores calificados para participar, sino que más bien deben seguir pasivamente las decisiones que toman otros. Según Coraggio, esto ha sido “un estilo que predomina en América Latina, en muchos casos acompañado por prácticas discursivas demagógicas...” (1989:11).

El rechazo que manifiestan algunos profesionales puede además estar ligado a experiencias en las cuales la gente no se ha conformado con una participación irrelevante, lo que es considerado incluso como una necedad desde una visión vertical. Por otra parte, es muy probable que en muchos casos la participación de los sectores involucrados no haya resultado todo lo fructífera que se esperaba, a pesar que ya tenemos varios años que no sólo se habla, sino que también se promueve, se capacita a profesionales, se impulsan experiencias alrededor de la planificación estratégica, la reingeniería de procesos, gestión de calidad total, empoderamiento organizativo, etc., lo

cual supone la participación de las y los usuarios de los servicios en la organización, ejecución y evaluación de los mismos.

De modo que se observa una contradicción, mientras (al menos en teoría) se considera como importante la participación, aparentemente en la práctica constituye una limitante en el logro de la eficiencia requerida en programas y proyectos. Como señala Subirats “Es evidente que los acuciantes problemas con lo que nos enfrentamos nos hace a todos exigir prontitud y eficacia en la resolución de los mismos, pero lo que no puede ni debe olvidarse es que la sociedad en sus diversos agregados locales, regionales o estatales, exige asimismo que se cuente con la gente, con los ciudadanos, cuando se definan las prioridades o las vías de resolución o se discutan los efectos que cada alternativa plantea (1997:89).

Algunas ideas para avanzar en el logro de una efectiva participación

Volviendo a las preguntas planteadas al inicio ¿Qué es lo que falta para que la participación sea efectiva? ¿Puede en la práctica, la participación contribuir al logro de un desarrollo humano sostenible? ¿De qué forma?.

Continuando con Subirats, estamos de acuerdo con que hay que centrarse en el problema, expresando que lo que se requiere es lograr una democracia de deliberación y debate, entendiendo que no se trata de consultar a la gente sobre lo que hemos decidido, sino de “incorporar la opinión y las razones de los acto-

res sociales implicados en la propia determinación de los problemas a solventar. Pero incorporando a la discusión no sólo los temas relacionados con el ‘cómo’, sino también dilucidando los respectivos protagonismos de administraciones y actores...” (ibid).

Las ideas expuestas por Subirats, nos remiten a nuestro contexto inmediato, puesto que resulta difícil que construyamos espacios micro de participación, cuando a nivel nacional en los últimos años, el incipiente proceso de democratización parece haber sufrido un retroceso, ya que espacios formales de participación política se han cerrado, entre ellos la posibilidad de competir desde organizaciones de circunscripción popular y no precisamente desde partidos, o se determinan nombramientos de distintos poderes del Estado a partir de militancias partidarias y no en razón de prestigio, experiencia y calificación profesional.

Es complicado también buscar cambios en las administraciones donde se labora, cuando los niveles de corrupción y discrecionalidad han llegado a rebasar las estructuras gubernamentales, para influir en los distintos ámbitos de la vida nacional.

Igualmente se habla de la creación de actores, entendidos como personas o grupos que están activos en espacios de decisión y que por lo tanto pueden influenciar en el rumbo de sus vidas. Pero, para poder contribuir a la formación de actores es necesario que nosotros mismos nos transformemos, creamos en perfectibilidad de la sociedad y de los seres huma-

nos, ser unas y unos convencidos de que la sociedad, así como sus representaciones, son construcciones culturales y por lo tanto modificables, estando claras y claros que se trata de procesos a largo, y quizás muy largo, plazo.

Podremos decir que avanzamos para que el desarrollo humano y sostenible, deje de ser un concepto genérico y utópico, cuando fomentemos un involucramiento real de la gente, en la medida en que desde nuestro quehacer creemos condiciones favorables para ello y no sintamos que la participación es un membrete más que debemos ponerle a nuestra intervención para cumplir con lo dispuesto por los organismos que financian.

Y ya se ha señalado muchas formas de lograrlo, Subirats arriba se apunta por la creación de la democracia de la deliberación y el debate, manifestando que se ha caído en una democracia de acceso, en la cual si hay debate se vincula con la forma de acceder al poder del gobierno, pero no a los problemas o las soluciones, cuando “una democracia activa exige debate sobre alternativas. Es tan importante el consenso como el disenso. Necesitamos el consenso para hacer funcionar nuestras instituciones representativas, pero el disenso sobre los valores que esas instituciones han de servir y las distintas interpretaciones sobre esos valores, es también intrínseco a la democracia (ibid: 90).

Para concretar tal concepto, Subirats considera que debe existir la voluntad de mezclar aportaciones basadas en los conocimientos técnicos y aquellas basadas

en la defensa de los intereses sociales, con las fundamentadas en el sentido común y las experiencias personales de los participantes. En otras palabras, la participación que permite avanzar en el desarrollo humano implica ceder parte de nuestro poder: conocimientos, información e incluso posición, pero ¿cuántos estamos dispuestos a hacerlo? Aún organismos que han logrado contribuir significativamente a mejorar las condiciones de vida de la población con la que trabajan y se han ganado un prestigio merecido en sus localidades, llegado el momento, no han logrado dar el paso trascendental de transferir poder.

Un ejemplo es un ONG de una importantes ciudad del país, que al realizar una evaluación organizativa interna, llegó a la conclusión de que los beneficiarios estaban tomando decisiones muy importantes, sin que se lo hubieran propuesto previamente, sino que era resultado de labor de varios años. Valoraron que las estructuras del organismo se encontraban en una posición de casi paridad con los representantes de comunidades y eso no podía ser, determinándose que había que rectificar dicha situación y fortalecer sus propias estructuras.

Es decir, aunque el proceso de participación llevó a lo que podría llamarse el “empoderamiento” de la gente, el organismo consideró esto un riesgo decidiendo “cortar por lo sano” desde su perspectiva, pero muy probablemente truncando las capacidades que las personas habían logrado desarrollar para la cogestión y quizás en un futuro para la autogestión

y avanzar de forma importante para la sostenibilidad social y política.

Otro caso que puede ilustrar los límites que suele ponerse a los avances en la participación, es el de una experiencia llevada a cabo por estudiantes de Trabajo Social de la UCA, quienes facilitaron un proceso participativo de formulación de un proyecto, financiado luego por un organismo de Naciones Unidas, para lo cual se capacitó a pobladores, educadores y adolescentes en conceptos y metodologías fundamentales para elaborar micro-proyectos, pero una vez definidos los objetivos, la estrategia y las acciones, el ONG con el que se coordinaba puso como excusa para no trabajar participativamente el presupuesto, lo complicado que resultaba hacer los cálculos financieros y por lo tanto la gente ni los estudiantes pudieron conocer los montos parciales ni totales, a pesar que iba a presentarse como un proyecto en cuya elaboración habían participado los distintos actores involucrados.

Puede ser que muchas personas al leer este artículo, también consideren que concretar una efectiva participación sea una utopía, o que haya mucho de demagogia. Pero, como se señaló con anterioridad tenemos un gran reto por delante, y debemos estar claros/as que no podrá dejarnos satisfechos la participación de la gente, ni ésta contribuirá al logro de la eficiencia, mientras no se les permita acceder a las bases del poder social para luego pasar al político, sólo así se constituirán en actores sociales.

Con base en los planteamientos de Friedmann (1988), para que efectivamente las personas puedan acceder a las bases del poder social, se requiere que dispongan de tiempo y eso significa considerar que buena parte del mismo es destinado por la gente para conseguir su sustento. Además hay que garantizar el acceso a conocimientos relevantes e información exacta, es decir, si se espera que aporten en el análisis y la búsqueda de soluciones a sus problemas, no es cualquier tipo de conocimiento e información la que se les proveerá, sino que habrá que dotarlos de las herramientas para que lo hagan, abriéndoles las perspectivas más allá de su propia realidad, en ese sentido la educación popular constituye un instrumento de gran valor y utilidad.

Igualmente, se considera sumamente importante para que la gente se constituya en actor, la organización social, de esa manera no se encontrará aislada sin poder incidir en ningún ámbito, existen muchas más situaciones que pueden unir a la gente, especialmente de los sectores populares, que los que pueden separarlas. Así mismo debe procurarse el fortalecimiento de la trama social existente, las redes formales e informales que son en gran medida las que logran la subsistencia de la gente. Pero no hay que pensar que los límites de las organizaciones están en los barrios y comunidades, también hay que establecer conexiones de mayor alcance: municipal, nacional e internacional.

Bibliografía

- CORAGGIO, JOSÉ L. (1989). *Democracia, derechos humanos y participación popular*. Ponencia en XIII Seminario Latinoamericano de Trabajo Social Quito, Ecuador.
- FRIEDMANN, JOHN. (1988) "Del poder social al poder político", en *Revista Estudios Social Centroamericanos*, No. 55, págs. 61-72, San José.
- MARTÍNEZ, ANGELA. (1990) *Acción Crítica*, Lima, Perú.
- PNUD. (1994). *Informe sobre Desarrollo Humano*, México, D.F.
- SERRANO Y TRUPUTEC. (1997) "Hacia un concepto de desarrollo humano y sostenible", *Revista Paraninfo*, del Instituto de Ciencias Rafael Heliodoro Valle, Tegucigalpa, Honduras.
- SUBIRATS, JOAN. (1997). "Democracia, participación y eficiencia", *Revista de Serveis Personals Locals*, #6.



Revista WANI

Es un medio de expresión y análisis de la realidad costeña nicaragüense. Se publica trimestralmente por el Centro de Investigaciones y Documentación de la Costa atlántica CIDCA.

Contiene artículos en los idiomas originales del Caribe nicaragüense, con traducción al español en antropología, historia economía, ecología, lingüística, sociología, política y cultura.

Valor: C\$20.00
Córdobas

En caso de cheque, mandarlo a nombre de CIDCA al apartado postal A-189. O a la siguiente dirección: Reparto Pancasán, 5ta etapa. De Plaza el Sol 2c al sur, 2c este, 1c al lago. # 40.

Managua: tel. 2780854 fax 2784089 Puerto Cabezas: Tel. 028 22370
Bluefields: tel. 082 22735 E-mail: cidca@nicarao.org
Cidca@ns.uca.edu.ni